

Crónica del Congreso y peregrinación de catequistas a Roma (26-28 y 28-29 de septiembre de 2013)

El catequista, testigo de la fe

Juan Luis Martín Barrios

Director del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

Durante los días 26-29 de septiembre, tuvieron lugar en Roma dos acontecimientos iguales, distintos y complementarios: el Congreso y la Peregrinación de catequistas a Roma para postrarse ante el sepulcro del apóstol Pedro, profesar la fe y celebrar la eucaristía con el Papa Francisco.

Acontecimientos iguales porque estuvieron enmarcados en el *Año de la fe*, porque fueron convocados por el mismo Dicasterio, porque estuvieron dedicados a los catequistas y tuvieron el mismo tema de fondo: el catequista, testigo de la fe. Acontecimientos distintos porque la dinámica, la pedagogía y el sentido fueron diferentes. Complementarios porque uno y otra abrazaron a los catequistas y concluyeron con la eucaristía del domingo, presidida por el obispo de Roma, el papa Francisco. Mediante esta crónica queremos ofrecer la información más completa posible en atención a nuestros lectores y a quienes no pudieron asistir.

El Congreso

El Congreso, promovido y realizado por Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, durante los días 26-28 de septiembre, tuvo lugar en el Aula Pablo VI, también llamada Sala Nervi, dentro de los muros del Estado Vaticano. Participaron 1.600 catequistas, provenientes de 50 países que integraban 104 delegaciones en representación de comisiones para

la evangelización y catequesis de diferentes Conferencias Episcopales, así como de centros nacionales de catequesis y representantes de oficinas diocesanas. Entre los congresistas se encontraban 4 cardenales, 43 obispos y 238 sacerdotes. El resto eran laicos y miembros de instituciones vida consagrada. De España participamos 40, acompañados por un cardenal y tres obispos, delegados diocesanos y los miembros del Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis de la CEE. Oración, reflexión y convivencia entretejieron los días del Congreso.

Saludo, bienvenida y presentación

En la tarde del jueves 26 se comenzó con la hora de nona, tras la cual Mons. Octavio Ruiz, Secretario del Pontificio Consejo, saludó cordialmente y presentó el programa y desarrollo del citado encuentro, del que se entregó un vademécum y una síntesis de las ponencias y comunicaciones. A la hora de enmarcar el Congreso, el Sr. Obispo tuvo un recuerdo entrañable para el papa Benedicto, quien había creado el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, había convocado el Sínodo de obispos sobre «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana» y había promovido e iniciado el Año de la fe, en cuyo programa figuró desde el comienzo este encuentro internacional de catequistas. Al establecer el *Año de la fe*, el Papa quiso que uno de los principales objetivos para recuperar «la unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro consentimiento» (PF 10). La fe, por consiguiente, por ser también una respuesta al Dios que nos habla, no puede ser ciega, sino que necesita conocer su contenido para que el creyente pueda luego descubrir y profundizar su identidad cristiana. En este sentido, el Congreso ha pretendido ayudarnos a comprender la urgencia de sostener, promover y formar catequistas capaces de afrontar los desafíos del tiempo presente, que sean conscientes del gran don de la fe y, al mismo tiempo que propongan el mensaje evangélico con un lenguaje que llegue al corazón del hombre y de la mujer de hoy, para que puedan convertirse en auténticos discípulos y misioneros de Cristo.

La Iglesia tiene necesidad de promover itinerarios de iniciación cristiana, que a partir del anuncio del kerigma conduzcan a una verdadera conversión del corazón. El apóstol Pablo nos ayuda a sostener esta realidad cuando dice: «con el corazón se cree y con la boca se profesa» (*Rom 10, 10*). El corazón indica que el primer acto con el cual se llega a la fe es un don de Dios y una acción de la gracia que actúa y transforma de manera profunda a la persona, y de ahí brota la necesidad de que coincida la verdad que se acepta en el corazón y la profesión de fe.

Para finalizar, un video sobre el arte y la nueva evangelización deleitó a los asistentes. Contenía una catequesis narrativa que por medio del lenguaje simbólico invitaba a reflexionar sobre el Credo, cediendo espacio, sobre todo, a la música y a las imágenes.

Introducción

Fue Mons. Rino Fisichela, Presidente del citado Dicasterio, quien disertó en la primera ponencia, a modo de introducción, sobre «La catequesis en el contexto de la nueva evangelización».

1. *Conocer, amar y seguir a Jesucristo*: en permanente referencia a *Evangelii nuntiandi*, el ponente señaló que la clave para evangelizar hoy está en el testimonio. La Iglesia ha evangelizado siempre, pues es propio de su naturaleza, de lo contrario no había Iglesia. Es el contexto socio-cultural, que cambia vertiginosamente, donde nuestros contemporáneos viven una época de crecimiento en muchos aspectos, reciben multitud de informaciones y, sin embargo, se sienten perdidos, sin proyectos de futuro y vacíos en su interior. Es ahí donde debemos proponerles la fe. En ese contexto la Iglesia propone la fe por medio de la catequesis para dar respuesta a los profundos interrogantes que anidan en el corazón del hombre. Para tal fin la catequesis desde los primeros tiempos transmite el contenido de la verdad que Dios ha querido comunicarnos y busca siempre la manera de expresarse con un lenguaje que no solo sea apto para los tiempos, sino que llegue al corazón de la gente para que pueda conocer el misterio revelado por Jesús. Conocer y encontrar a Jesús para amarlo, seguirlo y vivir con él y como él es la vocación de los discípulos, que forman en la Iglesia una gran familia, cuerpo de Cristo. Por esto la educación en la fe es la mejor herencia que un catequista puede dejar a los demás. Ofrecer la novedad del encuentro con Jesucristo por medio del anuncio de la Palabra y, de manera especial mediante el testimonio, es una tarea ardua y apasionante de la catequesis. «Ha llegado la hora –dijo– de que los obispos seamos testigos del anuncio catequético en nuestras sedes, como lo hace el Papa cada miércoles en sus catequesis». En este sentido, subrayó la necesidad y la tarea del acompañamiento: los obispos acompañen a los sacerdotes, los sacerdotes a los catequistas y los catequistas a los catequizandos en la «dulce y confortadora alegría de evangelizar» (Pablo VI).

2. *Lectio divina: Emaús*: tras un café compartido entre amigos y compañeros, tiempo tejido de abrazos y saludos por la alegría de este encuentro internacional, tuvo lugar una rica exposición, experiencia y oración de *lectio divina* con el pasaje evangélico de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35). La profesora Bruna Costacurta, de la Universidad Gregoriana de Roma,

hizo una lectura de esa página tan rica catequéticamente: la palabra en el camino, la referencia al misterio pascual, el corazón ardiente, la mesa compartida, la vuelta al cenáculo y el envío a la misión... consiguió que los participantes entrasen en el texto, se situasen en el contexto y pasasen a la oración y a la meditación por medio de la acción de la gracia.

Conferencias

3. *Con parresía*: el doctor Petroc Willey, del Instituto Maryvale, en Birmingham (Inglaterra), centró su ponencia *Dios busca al hombre y se revela*, en mostrar que Dios sale a nuestro encuentro para darse a conocer a sí mismo y manifestar su voluntad de salvación. En este sentido, la catequesis es una tarea preciosa de la Iglesia al transmitir esa revelación cuya plenitud es Jesucristo, la Verdad que ilumina el misterio del hombre. El ponente centró su intervención en torno a la palabra *parresía*, un concepto típicamente cristiano que de modo admirable explica el *Catecismo de la Iglesia Católica* como: «simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado» (CCE 2728). *Parresía* que también nosotros podemos acoger y tener para salir y proclamar el Evangelio con la «audacia humilde» de los verdaderos hijos de Dios.

4. *Creo-creemos*: al declinar la tarde tuvo lugar la segunda ponencia, *La Iglesia, sujeto de la catequesis*, impartida por el Rvdo. D. Manuel José Jiménez, asesor del Departamento de Catequesis de la Conferencia Episcopal Colombiana. Mirando al DGC reafirmó que la Iglesia es «el origen, lugar y meta de la catequesis»; no es objeto sino sujeto. La fe a la que se llega por dicha acción eclesial conlleva una dimensión personal, «creo», y una dimensión comunitaria, «creemos». Recordó que el «cristiano no nace, se hace»; no se nace en la Iglesia, se escoge estar en ella. Recordó también que el papa Francisco en *Lumen fidei* nos invita a hacer un serio diagnóstico sobre la situación de la fe y el modo de educar en ella. Lo que nos permite llegar a uno de los problemas actuales de la catequesis: «creer sin pertenecer». Pero la fe es don de Dios y respuesta libre del hombre, no es un acto aislado sino eclesial. El ponente insistió en que la profesión de fe es un acto personal y comunitario, aunque, en realidad, el sujeto primigenio es la Iglesia, pues nuestro «creo» personal se inscribe en el «creemos» eclesial.

5. *Memoria Jesu, memoria fidei*: el viernes 27, tras el rezo de Laudes y la invocación al Espíritu Santo, pusimos la jornada en manos del Señor y se dio paso a la tercera ponencia, *Memoria fidei: el dinamismo del acto de fe (memoria, acontecimiento, profecía)*. La impartió Mons. Pierangelo Sequari, profesor de la facultad de Teología de la Italia Septentrional, con sede en Milán. La memoria de Jesús, nos dijo, es el primero y fundamental ele-

mento constitutivo de la memoria de la fe de la Iglesia que, transmitida de generación en generación y anunciada hasta los confines de la tierra, se encuentra en el Credo. A este respecto, citó a J. Ratzinger y propuso su obra *Jesús de Nazaret*, que inaugura el relanzamiento del ejercicio cristiano en la correlación entre fe, razón y narración. El evangelio escrito nos permite comprender la correlación entre la historia de Jesús y el acceso a la fe y nos muestra con qué fuerza el acontecimiento del Señor sostiene nuestra fe en la historia de la Iglesia y de la evangelización. Sin embargo, conviene no olvidar que la Escritura sin la Tradición es letra muerta y que la Tradición sin la Escritura pierde su raíz de inspiración divina y corre el riesgo de convertirse en simple obra humana.

6. *Un lenguaje significativo*: la cuarta ponencia, *Entre traditio y redditio fidei. Nuestro «sí» a Dios*, del P. Robert Dorado, de la Universidad Lateranense, nos ayudó a descubrir que a la hora de la transmisión de la fe, conservando la memoria apostólica, hemos de buscar un modo de hablar comprensible para todos, sin quedarnos en expresiones lingüísticas que solo los creyentes podamos conocer. Se trata de la significatividad del lenguaje. Por ello, debemos encontrar palabras de vida capaces de despertar el deseo de encuentro personal con Jesucristo. Él es el sí de Dios al hombre y el sí del hombre a Dios.

7. *Comunicaciones*: las cuatro comunicaciones de la tarde: *La credibilidad de la fe: la relación entre la fe y la razón en la transmisión de la fe*, por el Rvdo. Krzysztof Kaucha, de Polonia; «Por una pedagogía de la fe», por el Dr. Jem Sullivan, de Washington; «En el río de la *Traditio Verbi*: armonía entre Escritura, Tradición y Magisterio», por el Rvdo. D. Alberto Franzini, párroco en Cremona; y la «Recepción del *Catecismo de la Iglesia Católica* en la catequesis. Experiencias y criterios para una recepción completa» por el Prof. Joël Molinario, del Instituto Superior de Catequesis de París, completaron las ricas aportaciones de las ponencias anteriores. La expectación por la llegada del papa Francisco al aula, así como el deseo de verlo y escucharlo, tuvo en vilo a la asamblea desde el primer instante. Su presencia, sus gestos y su intervención cumplieron todas las expectativas y esperanzas.

8. *Ser catequista*: el obispo de Roma centró su intervención en *Ser catequista y caminar desde Cristo*. «Ser catequista –dijo– es una vocación que incluye la vida y el testimonio». En este sentido, caminar desde Cristo significa, primero, tener familiaridad con él, es decir, vivir en su intimidad, como la vid y los sarmientos; segundo, significa imitarlo en el salir de sí e ir al encuentro del otro, es decir, des-centrarse de sí para abrirse al otro, a los otros; es el dinamismo del amor; y por último, significa, no tener miedo de ir con él a las periferias, no tener miedo porque el Señor va delante y nos

primerea siempre. Ir a las periferias como María cuyo «hágase» a Dios en Nazaret se completó con su «hágase» a la necesitada Isabel en Ain-Karem.

9. *Eucaristía*: la mañana del sábado 28, comenzó con la celebración de la eucaristía en el altar de la Catedral, dentro del marco incomparable de la Basílica de San Pedro. Presidió la celebración Mons. R. Fisichella que, partiendo de los textos bíblicos: *Zac* 2, 5-9.14-15 y *Lc* 9, 43b-45, centró su homilía en el don de la fe y el gozo de su transmisión, don y gozo a transmitir por el testimonio de los catequistas. Nos invitó a vivir con alegría y esperanza el don recibido de la Iglesia y en la Iglesia, ofrecerlo y comunicarlo a todos los hombres. Así confesamos y profesamos la fe.

10. *La verdad de la fe*: seguidamente, y de nuevo en el aula Pablo VI, correspondió a al Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis, Mons. Javier Salinas, ofrecer la quinta ponencia, *La diaconía de la verdad como expresión de la comunidad eclesial*. Tras ponernos en contexto, señalando la dificultad del tiempo presente para vivir y buscar la verdad en una sociedad secularizada y marcada por el relativismo, señaló los elementos fundamentales de dicha diaconía: la Revelación como fundamento de la verdad, Cristo como plenitud y revelador, y la fe como aceptación. Al mirar a la Tradición vemos cómo la verdad de la fe va siempre unida al caminar de la Iglesia en la historia y al anunciar a Jesucristo se ilumina el misterio del hombre. En este sentido, D. Javier señaló el *Catecismo de la Iglesia Católica* como regla segura para la enseñanza de la fe en medio de los desafíos que suponen para la diaconía de la verdad las corrientes de pensamiento orientadas al subjetivismo, la desconfianza, la fragmentación, etc. Concluyó, diciendo, que el acontecimiento de Jesucristo, unido al testimonio de los creyentes, ilumina las aspiraciones, inquietudes y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo y alentó a los catequistas a ser testigos de la verdad desde el humilde y gozoso testimonio de su vida.

Conclusión

Pasadas las 11,30 hrs., el Secretario del citado Dicasterio, Mons. Octavio Ruiz, ofreció una precisa síntesis de todo lo reflexionado a lo largo del encuentro internacional de catequistas. Las ponencias y comunicaciones escuchadas estos días, incluso la meditación del episodio de Emaús, nos han presentado el deseo de Dios que cada ser humano tiene en lo más profundo de sí mismo, como bien lo expresa san Agustín: «Nos has creado, Señor, para ti y nuestro corazón no descansa hasta que repose en ti». Dios se acerca a nosotros y nos revela su misterio de amor, y la Iglesia nos transmite fielmente lo que ha recibido de su Señor y nos acoge y nos inserta en esa cadena de transmisión de la fe. En efecto, nosotros creemos porque

hemos recibido la memoria que, por gracia del Espíritu Santo, la Iglesia ha conservado acerca de lo que Jesús anunció y vivió, y todos los bautizados estamos llamados a dar testimonio de la verdad de la fe con nuestra vida y a comunicar a nuestros coetáneos el mismo Evangelio con fidelidad y, al mismo tiempo, esforzándonos para realizar una «inculturación teológica» que lo haga comprensible a los hombres y mujeres de nuestro tiempo en diversas culturas.

Quede constancia de nuestra gratitud al Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización por este Congreso, por su acierto y desarrollo, así como por la acogida y las orientaciones emanadas de él al servicio de la catequesis y de los catequistas, testigos de la fe.

La Peregrinación

En paralelo y con aires de alegría y fiesta, los días 28 y 29 de septiembre, se desarrolló la peregrinación de los catequistas a la Sede de Pedro para hacer la *Professio fidei*. Participaron un total de 100.000 catequistas. De España 685, pertenecientes a 22 diócesis, a los que nos acompañaron 2 cardenales y 6 obispos, coordinados por el Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis. Quede aquí nuestro agradecimiento a cuantos colaboraron en su programación, animación y desarrollo. Este acontecimiento, que comenzó a las 10 hrs. del sábado 28 en la parroquia romana de San Gregorio VII, tuvo cuatro momentos significativos: la acogida, la catequesis, la eucaristía y la peregrinación a san Pedro.

Acogida: conforme iban llegando a la parroquia los diversos grupos eran acogidos con cantos de fraternidad. Presentó este encuentro Mons. Amadeo Rodríguez, obispo de Plasencia y miembro de la Subcomisión de Catequesis. Tras dar la bienvenida a los participantes, nos situó en el verdadero sentido de la peregrinación: «reanimar, purificar, confirmar y confesar el don recibido en el Bautismo». En referencia a la carta *Porta fidei*, subrayó que una vez que la fe de la Iglesia se hace en nosotros experiencia cristiana, el don recibido se ha de convertir en don compartido. Invitó a los catequistas a dejarse iluminar en su mente y en su corazón por la fe; dejar que sea ella la que movilice sus pensamientos, sus sentimientos y sus acciones, pues solo con profunda mentalidad evangélica, los catequistas pueden anunciar la fe y educar en ella.

Seguidamente presentó e invitó a escuchar con atención a Mons. Luis Martínez Sistach, Cardenal-Arzbispo de Barcelona, encargado de impartir la catequesis a los peregrinos de lengua española. Intimo colaborador

del Papa en el gobierno de la Iglesia, experto en Derecho Canónico y con ricas experiencias en su ministerio pastoral.

Catequesis: el Sr. Cardenal comenzó la catequesis agradeciendo el trabajo eclesial de todos los catequistas, un trabajo fruto del amor a Jesucristo y a la Iglesia. Mirando a la realidad socio-cultural y citando documentos referenciales como *Catecismo de la Iglesia Católica*, *Catechesi tradendae* y el *Directorio General para la Catequesis*, animó a los catequistas peregrinos a recuperar y actualizar la primera evangelización y el primer anuncio.

El hilo conductor de la catequesis fue la perícopa evangélica de *Jn 15, 9-17*. Desentrañó el texto en tres aspectos fundamentales: «Como el Padre me ama así os amo yo, vosotros sois mis amigos», y «no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto». A partir de una profunda explicación de los tres puntos, pasó a subrayar la vocación, el ministerio y la espiritualidad del catequista.

Vocación: ser catequista es una vocación, no una simple actividad fruto de un deseo. Y esa llamada de Dios nos viene por medio de la Iglesia. En la línea de pensamiento del papa Francisco en la exposición del Congreso, Mons. Martínez Sistach dijo que no hacemos de catequistas, que somos catequistas. Solo el amor a Jesucristo nos impulsa a catequizar.

Ministerio: la catequesis es un auténtico servicio eclesial que se realiza en la Iglesia, con la Iglesia y para la Iglesia. Institucionalizado oficialmente o no, es un auténtico ministerio eclesial. Los catequistas son puente entre Dios y los catequizandos. La hermosa tarea de los catequistas consiste en desvelar el misterio amoroso del primero y disponer a los segundos para aceptarlo y hacerlo vida mediante la respuesta de la fe. Jesús es quien confía ese ministerio.

Espiritualidad: el ministerio del catequista incide plenamente en su vida humana, afecta a su identidad. El arzobispo de Barcelona diseñó las características de esa espiritualidad: cristocéntrica, bíblica, contemplativa, eclesial y litúrgica. Reconoció que la catequesis nos puede superar en sus contenidos teológicos y en las experiencias pedagógicas, pero nos animó a mirar a Jesucristo, catequista principal, quien, por su Espíritu pondrá en nuestros labios las palabras pertinentes en cada momento. D. Lluís nos pidió levantar la mirada y valorar cómo la catequesis nos enriquece. En el fondo, recibimos más de lo que damos. Sí, la fe y la catequesis nos descubren un modo nuevo de amar a Dios como Padre y a los hombres como hermanos. Nos ayudan a conocer más y mejor a Jesús, nuestro Salvador, a intensificar nuestra relación con Él en la oración, en la celebración de los

sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Penitencia, y en el conocimiento de los sagrados misterios de la vida cristiana.

Finalizó su exposición invitándonos a conservar siempre la alegría de Jesús. Volviendo a la perícopa evangélica: «que mi alegría esté en vosotros... y llegue a plenitud», nos recordó que, en efecto, la elección y la llamada para este precioso ministerio no puede ser fruto de nuestro esfuerzo, sino de la gracia de Dios. Por todo ello, hemos de estar contentos por dentro y contagiar por fuera el gozo de la fe. El termómetro de esta vivencia cristiana no puede ser otro que el don de la alegría en el Señor.

Peregrinación: a primera hora de la tarde, los grupos diocesanos fueron encontrándose en la plaza de San Pedro y organizándose por regiones o provincias eclesíásticas. Miembros y colaboradores del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización nos condujeron espiritualmente para vivir en profundidad lo que estábamos realizando. La peregrinación en sí tuvo cinco estaciones: la primera en la misma plaza sobre el sentido religioso de una peregrinación; la segunda sobre la escalinata que da acceso a la Basílica sobre la disposición interior para acoger el don de la fe; la tercera a las puertas de la Basílica sobre la *puerta de la fe* que se abre a todos; la cuarta en medio de la basílica sobre la fe de la Iglesia, y la quinta junto al sepulcro del Apóstol donde hicimos la *Professio fidei*. Después de un recorrido por las criptas vaticanas, dando gracias a Dios por la experiencia vivida, salimos de nuevo a la plaza como signo de ser enviados a la misión.

Eucaristía: fue en la mañana del domingo 29, a las 10:30 hrs., cuando el papa Francisco, acompañado de cardenales, obispos, unos 300 sacerdotes y 100.000 laicos y consagrados, todos catequistas, comenzaba la celebración de la eucaristía con la que clausuraba los dos acontecimientos: congreso y peregrinación.

Con las lecturas propias del domingo XXVI del tiempo ordinario: *Am* 6, 1.4-7; *1 Tim* 6, 11-16; y *Lc* 16, 19-31, el sucesor de Pedro, mirándonos a todos, se preguntó: «¿Quién es un catequista?». Y se respondió así mismo: «es el que custodia y alimenta la memoria de Dios; la custodia en sí mismo y sabe despertarla en los demás». Y puso como ejemplo a la Virgen María. «Hacer memoria de Dios como ella que, ante la obra maravillosa de Dios en su vida, no piensa en el honor, el prestigio, la riqueza, no se encierra en sí misma. Por el contrario, tras recibir el mensaje del ángel y haber concebido al Hijo de Dios, se pone en camino, va donde su anciana pariente Isabel para ayudarla; y al encontrarse con ella, su primer gesto es hacer memoria del obrar de Dios, de la fidelidad de Dios en su vida, en la historia de su pueblo, en nuestra historia (Cf. *Lc* 1, 46.48.50)».

El catequista, pues, es un cristiano que lleva consigo la memoria de Dios, se deja guiar por ella en su vida y la sabe despertar en el corazón de los otros. Esto requiere esfuerzo y compromete toda la vida. En la misma homilía dijo: «El catequista es un hombre de la memoria de Dios si tiene relación constante y vital con Él y con el prójimo; si es hombre de fe que se fía verdaderamente de Dios y pone en Él su seguridad, si es hombre de caridad, de amor, que ve a todos como hermanos; si es hombre de *hypomoné*, de paciencia, que sabe hacer frente a las dificultades, las pruebas y los fracasos, con serenidad y esperanza en el Señor; si es hombre amable, capaz de comprensión y misericordia».

Podemos dar testimonio de que fue una celebración sentida, con espacios para orar en el corazón, para pedir fuerza, para suplicar el don de esa memoria de Dios, para dar gracias por tanto don recibido, para ser testigos de la fe.

La misión: con el rezo del Ángelus, un concierto sonoro de aplausos para el obispo de Roma, sucesor de Pedro, y por todo lo vivido estos días, con abrazos estrechados y sonrisas en el alma, iniciábamos el camino para la misión en los lugares donde el Señor nos ha sembrado y allí, con su gracia, aprendemos a florecer. Ojalá seamos hombres y mujeres que custodian y alimentan la memoria de Dios en la propia vida y sepamos despertarla en el corazón de los demás.